Año I — BUENOS AIRES, 6 DE AGOSTO DE 1923 — N.o 31

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

El anarquismo y la unidad de clase

En la serie de artículos que va publicando en este SUPLEMENTO el compañero Luis Fabbri, se esboza una teoría del anarquismo, en sus relaciones con el movimiento obrero. Pero en realidad, es la concepción sindicalista, aceptada como el medio natural que tienen los trabajadores para su defensa, la que más tiempo y espacio roba al citado compañero en su noble esfuerzo por presentarnos una síntesis de las actividades presentes del proletariado y sacar de ellas una conclusión de posibles realizaciones revolucionarias.

La cohesión espiritual que establece el compañero Fabbri entre la ideología anarquista y el medio económico que los trabajadores emplean en su defensa frente al capitalismo, es muy pequeña si se tiene en cuenta el valor que concede a esa acción sindical de la clase obrera. Y es que se tiene en cuenta un supuesto interés de clase, capaz por sí sólo de despertar aspiraciones y rebeldías en los hombres que sufren el peso de todos los despotismos y viven encadenados a la ley del salario, sin calcular que por encima de esos intereses de clase están los factores morales que determinan todo progreso en la mentalidad del hombre y en la evolución general de los pueblos.

Se explica por qué nosotros, que no diferimos con el compañero Fabbri en la forma de apreciar los "medios" del sindicalismo — la huelga, el boicot y demás recursos que ofrece a los trabajadores la acción directa —, no concordamos con su pensamiento en lo referente a la concepción de la unidad de clase y a la posición que los anarquistas debemos ocupar en los sindicatos obreros. ¿No está ahí, en esos puntos de divergencia, el motor de toda actividad revolucionaria y hasta la base ideológica del sindicalismo, aceptado como un medio económico para la lucha económica del proletariado?

El compañero Fabbri opina que sería necesario esperar a que terminara su larga serie de artículos en torno al sindicalismo y al anarquismo (o mejor dicho a las posibilidades revolucionarias del movimiento proletario que se inspira en nuestras ideas), para fundamentar una crítica general a su tesis sobre esa materia. Pero nosotros no creemos necesaria esa espera, ya que los únicos puntos de divergencia están en la concepción unitaria del sindicalismo y en la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero. Cuando Fabbri hace la crítica al reformismo sindicalista, cuando combate a los jefes políticos y rechaza la intervención de los partidos marxistas en los sindicatos obreros y cuando establece la lógica diferencia que separa al medio económico de la concepción moral que trabaja la mentalidad del hombre y lo capacita para vivir en una sociedad libre, nada hay que choque con nuestra manera de apreciar esos problemas tácticos emergentes de la diaria acción contra todos los enemigos de nuestras ideas. Pero cuando el citado compañero fija los límites de la actividad anarquista en el movimiento obrero y establece la base del propio desenvolvimiento de los sindicatos, entonces sí que el contraste es evidente en la manera en que él y nosotros apreciamos esas cuestiones de capital importancia para la orientación del anarquismo internacional.

El compañero Fabbri nos ofrece, posiblemente sin quererlo, la vieja tesis del sindicalismo. La adorna con toda la fraseología revolucionaria que hasta ahora no pudo impedir su degeneración, lo presenta como una nueva tendencia capaz de suplir al reformismo entregado discrecionalmente a la burguesía y lo expone a la consideración de los compañeros como algo capaz de salvar del actual caos ideológico al proletariado universal. Pero nosotros no vemos en ese sindicalismo revolucionario otra cosa que la reedición del sindicalismo que hizo crisis en la guerra y en la revolución rusa. Veamos en qué nos basamos para llegar a esta conclusión un tanto atrevida.

* * *

Sabemos todo el valor que para los anarquistas tienen las opiniones del compañero Luis Fabbri. Y si nos atrevemos a puntualizar su punto de vista sobre la unidad proletaria y la posición de los anarquistas en el movimiento obrero, es porque creemos que constituye un error táctico que involucra una serie de desviaciones en la doctrina libertaria, que fueron funestas para el desarrollo de nuestra propaganda y amenazan con esterilizar todos nuestros esfuerzos en la obra proselitista y orientadora en los sindicatos. Pero, ¿será necesario que digamos que no tenemos la pretensión de establecer cátedra de doctrina anarquista y de marcar pautas a quienes mejor que nosotros conocen a fondo la historia de nuestro movimiento en lo que vale y representa internacionalmente?

No obstante, como intérpretes de una concepción revolucionaria que tiene su historia y su desenvolvimiento en la propaganda anarquista de este país — y, principalmente, en la acción de los anarquistas en el movimiento obrero —, podemos oponer a la concepción sindicalista de Fabbri y de la mayoría de los compañeros de Europa, el concepto propio que tenemos de ese instrumento de lucha. Y como el factor económico, en esta sociedad ferozmente materialista, influye en el desenvolvimiento de las ideas y hasta subordina a sus realidades al propio anarquismo — cuando los anarquistas nos vemos obligados a descender al terreno de las conquistas inmediatas y de las ineludibles necesidades materiales —, de ahí que de la posición que ocupemos en el movimiento obrero dependa nuestra mayor o menor influencia en el desarrollo de los acontecimientos sociales.

La táctica de los compañeros europeos, al menos de los más significados en nuestra propaganda, consiste en establecer dos orientaciones distintas al anarquismo y a la actividad de los anarquistas. En primer lugar, se fija un campo de actividades *políticas*, organizando al anarquismo en un partido cuyo único programa consiste en la propaganda de los principios libertarios y en la oposición a todo gobierno y a la idea general del Estado. Y en segundo lugar, se acepta el sindicalismo como el campo de experimentación económica de luchas inmediatas contra la clase capitalista, pero sin definir la propia conducta de los anarquistas frente a los adherentes a los partidos políticos y a las fracciones sindicales que orientan y dirigen los sindicatos obreros.

En primer término está el concepto general del anarquismo como tendencia irreconciliable hasta con las ramas autoritarias del marxismo. Pero esa intransigencia en el terreno político desaparece en cuanto los anarquistas descienden al campo económico y por su condición de obreros aceptan la lucha económica en un plano de realidades que no van más allá de los intereses inmediatos. Y son esos anarquistas intransigentes, que basan en la organización del anarquismo la potencia de nuestro movimiento como tendencia social en oposición a los partidos marxistas y a los reformadores de todas las escuelas políticas, los que en el sindicato aceptan la neutralidad ideológica y basan en la tolerancia de las mayorías para las minorías el punto de unión de la clase trabajadora.

Huelga que digamos que no existe ni puede existir esa neutralidad ideológica

El Congreso del Particomuf

—Ya lo vé, compañero, el recipiente viene que ni de encargo para el arbolito...
—Sí. ¡Pero debemos insistir con el abono diario para que brote!

No puede haber diferencias en la forma de apreciar el valor de las armas específicas que el sindicalismo ofrece a la clase obrera. Todos los anarquistas estamos de acuerdo en lo que es función esencial de los sindicatos revolucionarios: la huelga general, el boicot, la resistencia en todas las formas que ofrece la acción directa, y, como consecuencia, el rechazo de los medios políticos y pacíficos que propician los profesionales de la política. Pero, aceptar como buenas esas armas de lucha y conceder al sindicalismo ese valor como elemento notural para la defensa del proletariado, ¿supone acaso que reduzcamos todo el problema a las realidades que pueda ofrecernos la organización económica de los trabajadores?

que Fabbri quisiera que se observara en los sindicatos, para permitir la convivencia de todas las ideas. En las organizaciones obreras donde con mayor persistencia se propaga la independencia del sindicalismo frente a los partidos y a las fracciones doctrinarias, con más fuerza se deja sentir la influencia de una opinión particular, impuesta dictatorialmente por los jefes obreros. Y cuando las fuerzas que orientan cada grupo ideológico llegan a representar minorías más o menos equilibradas — cuando no hay esa mayoría aplastadora que da el poder a los jefes oficiales —, entonces en el seno de las organizaciones surgen las alas divergentes que foman los movimientos de derecha, de izquierda o de centro. ¿Dónde están, en ese caso, las fuerzas y las opiniones neutrales? ¿Sobre qué base se mantiene la unidad corporativa en organismos destrozados por esa inevitable lucha de tendencias?

La unidad obrera es la más grosera ficción creada por los políticos para ocultar sus propósitos absorcionistas y de dominio sobre la clase trabajadora. Por eso nosotros combatimos, como error funesto para nuestra propaganda, el criterio "neutralista" y "prescindente" de los compañeros que, siendo anarquistas en la agrupación doctrinaria, sostienen que el sindicalismo es un campo neutral donde unicamente deben tomarse en cuenta los intereses de la clase obrera.

No pretendemos nosotros, que un movimiento proletario basado en los intereses de la clase obrera, llegue a ser completamente anarquista. Pero si hay un peligro en la organización obrera con tendencia anarquista, el mismo peligro existe en la organización *política* del anarquismo. ¿Acaso las uniones anárquicas creadas en Italia, Francia, Alemania etc., si llegaran a un crecimiento en adherentes que hicieran de ellas vastas organizaciones populares, no sufrirían la misma influencia reformista que lleva aparejada todo movimiento de masas? ¿Y no tendrían esas uniones que plantear soluciones a problemas inmediatos y trazar sobre la realidad social la trayectoria de un movimiento vital, si en realidad quisieran llegar a ser verdaderos partidos de revolución?

Los problemas puramente morales no tienen trascendencia fuera de la influencia que el anarquismo ejerce sobre el espíritu de los individuos que llegan a comprender toda su trascendencia. Por eso los anarquistas de Italia, de Francia y de Alemania, en sus congresos nacionales, después de establecer la norma de conducta frente a los partidos políticos y de afirmar la concepción general del anarquismo — su ideología libertaria y su irreductible oposición a la idea de Estado, cualquiera que sea su estructura política, jurídica y económica —, debieron descender al estudio de problemas económicos y como consecuencia de los medios más compatibles con nuestras ideas para abocarse a su solución. Y es en ese terreno donde el sindicalismo asumió su verdadera importancia, no pudiendo los anarquistas eludir las cuestiones que necesaria e inevitablemente surgen de ese hecho real.

Si todos los libertarios estamos contestes en aceptar como un medio de acción las organizaciones obreras, cabe unicamente precisar la forma en que los anarquistas deben actuar en esos órganos específicos del trabajo organizado. Y es ese asunto el que mayores discusiones provocó en los congresos anarquistas de los citados países y el que motiva los puntos de divergencia que venimos señalando desde estas columnas al comentar la tesis expuesta por el compañero Fabbri y otros camaradas respecto a la organización del anarquismo y del sindicalismo.

* * *

Mucho más podríamos decir respecto a la concepción que nosotros tenemos del sindicalismo — y como consecuencia, de la unidad de clase —, considerado como un movimiento revolucionario que ofrece a los anarquistas un vasto campo de acción para la propaganda ideológica. Pero, aparte de que ya lo hemos dicho en diversas oportunidades, el intermedio polémico del compañero Fabbri no nos ofrece gran materia de discusión, posiblemente porque solo tiene un propósito de aclaraciones a conceptos que cree mal interpretados por nuestra parte el citado camarada.

Pero finalizaremos esta casi réplica, sosteniendo, no el valor que tiene el sindicalismo como instrumento de lucha económica, sino más bien su importancia como campo de propaganda revolucionaria y como medio eficaz para difundir nuestras ideas entre la clase trabajadora. Y es esa finalidad inmediata, ese propósito proselitista, el que determina nuestro rechazo, tanto de la organización particular del anarquismo como de la organización obrera sobre la base de la neutralidad y de la prescindencia ideológicas.

Lo que no admitimos nosotros, es que se dividan nuestras actividades en dos campos distintos de propaganda y de acción revolucionaria. Y si bien es cierto que los sindicatos obreros no pueden eludir la influencia que sobre ellos ejerce el interés económico y de clase que parece determinar su propia existencia, no es menos cierto que el mismo lastre materialista y reformista deben arrastrar las organizaciones políticas, sin excluir la del anarquismo que contempla los problemas sociales desde un plano superior al que sirve de base a los sindicatos.

¿Cómo, se dirá, se puede llegar a un punto en que se concilien la teoría y la práctica del movimiento obrero? ¿Y en qué forma pueden los anarquistas actuar en las organizaciones proletarias sin verse obligados a transigir con los enemigos que a diario encuentran en el campo político? Pues desechando la ilusión unitaria y concibiendo el sindicalismo como un medio de propaganda y de acción, no solamente susceptible de plantear problemas económicos, sino también de provocar el choque de opiniones, de ideas y de principios que constituyan una realidad de opinión y de actuación para la clase trabajadora.

De ahí, pues, que sostengamos, no la organización obrera anárquista, a base de obreros que hagan previamente una confesión de fe libertaria, sino la creación y mantenimiento de órganos de lucha que sean una garantía para la propaganda de nuestras ideas y constituyan un elemento propio de acción para combatir tanto a la burguesía como a los profesionales de la política y a los jefes del reformismo sindical.

Emilio LOPEZ ARANGO

¡APARECIÓ!:

"Cartas a una mujer"

Usted, compañera, debe leer este libro; es de suma utilidad y no debe faltar en ninguna biblioteca obrera.

- NOTAS -

Balance de trampas

Los pintorescos "revolucionarios" con vistas al pesebre gubernativo que, entre otra infinidad de males, padecemos los pobres de esta tierra, pasaron balance los días pasados a las trampas que le han hecho a los trabajadores, revisaron los planes que tienen preparados para seguir trampeándoles e hicieron el cálculo de cuántos de estos "revolucionarios" podrían mantenerse a costa de esas trampas a los pocos trabajadores que creen en la biblia roja. Siendo más claros lo diremos en una sola frase: los "comunistas" locales se reunieron en congreso.

Como a pesar de todo el escándalo a que vive entregada la agrupación para dar apariencia de existencia como partido, no ha logrado aun salir de célula, el salón donde se reunieron para revisar ese balance resultó un despropósito — una sardina en el vientre de una ballena — para el reducido número de concurrentes.

Pero nuestros "revolucionarios" con vistas al pesebre gubernativo no se desaniman por fiasco más o menos. Una delegada propone acertadamente que se nombre presidentes honorarios a todos los comisarios rusos conocidos, empezando por Lenin; así se resuelve y queda repleta la sala... Los dioses del bolcheviquismo ocupan, moralmente, cada uno su lugar en la pobre calabaza de los concurrentes y presiden las deliberaciones, de la misma manera que los "ángeles tutelares" del espiritismo; con la diferencia que los *ángeles* rusos, si bien aquí resultan ridículos fantasmas que pretenden espantar a los no creyentes, en Rusia son unos terribles y exterminadores dioses de carne y hueso.

De todos modos la "célula comunista" se reunió y pasó balance a sus trampas y revisó sus planes para el futuro. Y si, a pesar de haber sido invocados los dioses rusos, no se llenó el salón de concurrencia, es porque ni haciendo del escándalo un cebo logran los estranguladores de la revolución atraer la atención de los trabajadores.

Camaleonismo

Después del estrepitoso fracaso mussoliniano, Lugones — quizá buscando reivindicarse hasta donde fuese posible — volvió a los versos y dió en el suplemento del diario vacuno algo así como una endecha bajo el título de "El tesoro".

Leímos ese "tesoro" por dos razones; por que su autor era en esos momentos el hombre del día, o más bien dicho el hazme reir del día, y porque deseábamos saber cómo el poeta de "Las montañas del oro" capeaba el temporal que levantara con su ridícula entrada al escenario del chauvinismo.

Y los versos de la última hornada lugoniana — que no han podido escapar a la influencia del fracaso del autor — vienen a ser una manifestación de la definitiva caída de ese aeroslde que coqueteó brevemente, con pretensiones de gran planeta, en el cielo de la patria...

Leyendo esos versos nos imaginamos a Lugones en toda su desventura de pobre hombre caído en la peor de las desdichas: es un pájaro con las alas rotas que se empeña en una lucha inútil por levantar el vuelo.

Veamos sino cuando dice:

"Y me llevo a mí mismo como a un hermano pobre — que trabajó sin suerte pero con dignidad"

Y la verdad es que lo que ha levantado los mejores ánimos en su contra es su falta de dignidad, su camaleonismo ideológico; de aquí que ha llegado el caso de tener que compadecer a un pobre hombre que va de tumbo en tumbo, de ridículo en ridículo, y que ni siquiera es capaz de "llevarse a sí mismo", porque no se lleva quien se arrastra...

Posiblemente acierte cuando exclama, dolorido, que ha trabajado sin suerte, pues nadie duda que su desgracia última ha sido embanderarse en ese nacionalismo repelente y escupir su xenofobia desde el tablado de arlequín. Para el fin personal que perseguía, esa actitud ha sido en absoluto contraproducente y no le envidiará nadie la ganancia...

Volviendo al verso en que Lugones pretende llevarse a sí mismo — y a eso le llama "El tesoro" — después de haberse arrastrado como las babosas dejando el rastro de su baba xenófoba, agreguemos que acabamos de comprender que al traductor (o traditore) de "La Iliada" no le faltan condiciones para triunfar en el terreno de la política: está completamente aligerado de vergüenza, es tan caradura como el más perfecto político. Cuando cualquier otro en su lugar hubiera obtado por el suicidio, aunque fuese moralmente, sumergiéndose en el silencio, él asoma su facha de camaleón desfachatado lanzando sobre el público — que aun no ha cesado de reir de su última postura — esa hornada de malos panes literarios.

Eso podrá ser no tener suerte, pero es también no tener ni pizca de dignidad.

***

Pedro Kropotkin— Conferencias

La Editorial **LA PROTESTA**, ha puesto a la venta el primer volúmen de las Conferencias de Kropotkin.— Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad desarrollado en diez capítulos, éste volúmen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX Los monopolios en la Inglaterra constitucional—En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado ¿puede ser un intrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.*

La democracia y las masas trabajadoras en la revolución rusa

No existe en la historia del mundo una sola revolución que haya sido realizada por el pueblo trabajador en su propio interés; es decir por los obreros de las ciudades y los campesinos pobres que no explotan el trabajo ajeno. Bien que la fuerza principal de todas las revoluciones importantes sean los obreros y los campesinos, que hacen grandes e innumerables sacrificios por su triunfo, los guías, los organizadores de los medios, los ideólogos de los fines fueron invariablemente no los obreros y los campesinos, sino elementos que estaban al márgen de ellos. Elementos que les eran extraños, generalmente intermediarios, vacilantes entre la clase dominante de la época moribunda y el proletariado de las ciudades y de los campos.

Es siempre la desintegración del régimen tambaleante, del viejo sistema de Estado, acentuada por la impulsión de las masas esclavas hacia la libertad, lo que desenvuelve y acrecienta esos elementos. Es por sus cualidades particulares de clase y su pretensión al poder en el Estado que toman una posición revolucionaria ante el régimen político agonizante y se transforman fácilmente en los guías de los oprimidos, en los conductores de los movimientos populares. Al organizar la revolución, al dirigirla bajo la égida y el pretexto de los intereses de los trabajadores persiguen siempre sus intereses estrechos de grupos o de castas. Aspiran a emplear la revolución con el fin de asegurar su preponderancia en el país.

Así sucedió en la revolución inglesa. Así sucedió en la Gran Revolución francesa; y lo mismo se repitió en las revoluciones francesa y alemana de 1848; en una palabra, en todas las revoluciones en que el proletariado de las ciudades y los campos vertió su sangre a torrentes en la lucha por la libertad. Solamente los jefes, los políticos de todas las etiquetas dispusieron y aprovecharon siempre todos los frutos de sus esfuerzos y de sus sacrificios, explotando a espaldas del pueblo y valiéndose de su ignorancia, los problemas y fines de la revolución en beneficio de los intereses de sus grupos.

En la gran revolución francesa, los trabajadores hicieron esfuerzos sobrehumanos para su triunfo. Pero los políticos de esta revolución, ¿fueron hijos del proletariado? ¿Luchaban por sus aspiraciones: libertad e igualdad? No, sin duda alguna. Danton, Robespierre, Camilo Desmoulins y toda una serie de otros sacerdotes de la revolución eran esencialmente representantes de la burguesía liberal de entonces. Luchaban teniendo en cuenta una estructura burguesa determinada de la sociedad, que no expresaba nada de común con las ideas de libertad y de igualdad de las masas populares de Francia en el siglo XVIII. Eran y son sin embargo considerados como guías verdaderos de toda la Gran Revolución.

En 1848, la clase obrera que había sacrificado a la revolución tres meses de esfuerzos heróicos, de miseria, de privaciones, de hambre, ¿obtuvo esa "república social" que le había sido prometida por los dirigentes de la revolución? No recogió de ellos más que esclavitud, los exterminios en masa: fusilamiento de 50.000 trabajadores de París que intentaron insurreccionarse contra los que los habían traicionado.

En todas las revoluciones pasadas, los campesinos y los obreros no llegaron más que a esbozar sumariamente sus aspiraciones fundamentales, más que a formar sólo su corriente, generalmente desnaturalizada y limitada por los *mencars* de la revolución, más malignos, más astutos, más taimados y más instruídos. El máximum de las conquistas se limitaba a un hueso bien mísero: Un derecho de reunión, de asociación, de prensa, o el derecho a darse gobiernos. Y ese mismo hueso ilusorio no les era concedido más que justamente el tiempo necesario al nuevo régimen para consolidarse. Después de lo cual, la vida de las masas volvía a su antiguo curso de sumisión, de explotación y mentira.

No es más que en los movimientos profundos de abajo, como la revuelta de Ratzin y las insurrecciones revolucionarias de los campesinos rusos de estos últimos años que el pueblo es amo del movimiento y le comunica su esencia y su forma.

Estos movimientos habitualmente acogidos con imprecaciones y maldiciones por parte de toda la "humanidad que piensa" no han vencido todavía nunca. Además, se distinguen vigorosamente de las revoluciones dirigidas por los grupos o los partidos políticos.

Nuestra revolución rusa es sin ninguna duda y hasta el presente una revolución política que realiza, con las fuerzas populares, intereses extraños al pueblo. El hecho fundamental, notable, de esta revolución es, gracias a la ayuda de los sacrificios, de los sufrimientos y de los esfuerzos revolucionarios más grandes de los obreros y de los campesinos, la toma del poder político por un grupo de intermediarios: la "inteligencia" (estrato inteligente) socialista revolucionaria, en realidad demócrata socialista.

Se ha escrito mucho sobre esa "inteligencia" rusa. Habitualmente es alabada y calificada de "portadora de ideales humanos superiores", de campeona de la verdad. Algunas veces también fué, raramente, insultada, injuriada. Todo lo que se dijo y escribió sobre ella, lo bueno y lo malo, tiene un defecto particular; es ella misma la que se definió, es ella misma la que se insultó e injurió. Para el espíritu independiente de los obreros y los campesinos, ese método no es de ningún modo persuasivo y no se puede tener ningún paso en sus relaciones. En sus relaciones el pueblo no tendrá en cuenta más que los hechos. Ahora bien, el hecho real, incontestable en la vida de la "inteligencia" socialista, es que gozaba siempre de una situación social privilegiada.

Al vivir en los privilegios el intelectual se hace privilegiado, no sólo socialmente sino psicológicamente.

Todas sus aspiraciones espirituales, todo lo que se entiende por su ideal social, encierra infaliblemente el espíritu del privilegio de casta. Este espíritu se manifiesta en todo el desenvolvimiento de la "inteligencia".

Si tomamos la época de los "dekabristas (1) como comienzo del movimiento revolucionario de la "inteligencia", al pasar consecutivamente por todas las etapas de este movimiento: el "narounitchestvo" (2), el "narodvolichestvo", el "marxismo", en una palabra, el socialismo en todas sus ramificaciones, encontrámos en todas partes ese espíritu de privilegios de casta claramente expresado.

Cualquiera que sea en apariencia la elevación de un ideal social, si lleva en sí privilegios que el pueblo deberá pagar con su trabajo y sus derechos, no es la verdad completa. Ahora bien, un ideal social que no ofrece al pueblo la verdad completa es para él una mentira. Es precisamente tal mentira la que para él es la ideología de la "inteligencia" socialista, y la "inteligencia" misma; y todo deriva de este hecho en las relaciones entre el pueblo y ella.

El pueblo no olvidará ni perdonará nunca que, especulando sobre sus condiciones miserables de trabajo y sobre su ausencia de derechos, una cierta casta social se crea privilegios y se esfuerza por transferirlos a la sociedad nueva.

El pueblo es una cosa, la democracia y su idea socialista es otra. Esta va al pueblo, prudente y astutamente.

Ciertamente, naturalezas heróicas, aisladas, como Sofía Perowskaia, se colocan por encima de estas cuestiones de privilegios propios del socialismo. Eso no proviene de una doctrina de clase o democratismo, es un fenómeno psicológico o ético. Son las flores de la vida, la belleza del género humano. Se inflaman en la pasión de la verdad, se dan, y se entregan completamente al servicio del pueblo, y por sus hermosas resistencias hacen resaltar más todavía la falsedad de la ideología socialista. El pueblo no les olvidará nunca y llevará eternamente en su corazón un gran amor hacia tales espíritus.

Las vagas aspiraciones políticas de la "Inteligencia" rusa en 1825 se erigieron después en un sistema socialista estatal acabado, y ella misma se transformó en un grupo social y económico preciso (democracia socialista).

Las relaciones entre el pueblo y los "intelectuales" se fijaron definitivamente: el pueblo se dirigió hacia la autodirección civil y económica; la democracia trata de ejercer el poder.

La alianza entre ellos no puede celebrarse más que con ayuda de los engaños, de las mistificaciones y de las violencias, pero en ningún caso de un modo natural por la fuerza de una comunidad de intereses. Estos dos elementos son hostiles mutuamente.

La idea statista misma, la idea de una dirección de las masas por la coerción fué siempre propia de los individuos en quienes los sentimientos de igualdad están ausentes y en quienes el instinto de egoísmo domina, individuos para quienes la masa es una materia bruta privada de voluntad, de iniciativa y de conciencia, incapaz de dirigirse a sí misma.

Esta idea fué siempre la característica de las agrupaciones privilegiadas que se encuentran fuera del pueblo trabajador; las capas patricias, la casta militar, la nobleza, el clero, la burguesía industrial y comercial, etc... No es por casualidad que el socialismo moderno se ha mostrado servidor celoso de la misma idea.

El socialismo es la ideología de una nueva casta de dominadores. Si observámos atentamente a los apóstoles del socialismo estatal, veremos que cada uno de ellos está pleno de aspiraciones centralistas, que cada uno se considera ante todo como un centro de dirección y de mando alrédedor del cual gravitan las masas. Este rasgo psicológico del socialismo estatal y de sus ediles es la continuación directa de la psicología de las agrupaciones dominadoras antiguas extinguidas o en tren de desaparecer.

El segundo hecho notable de nuestra revolución es que los obreros y la clase campesina trabajadora quedan en su situación anterior de "clases trabajadoras", productores dirigidos por el poder de arriba. Toda la construcción actual llamada socialista practicada en Rusia, todo el aparato estatal de la dirección del país, la creación de nuevas relaciones sociales y políticas, todo eso no es ante todo más que la edificación de una nueva dominación de clase sobre los productores; el establecimiento de un nuevo poder socialista sobre ellos. El plan de esta construcción, de esta dominación fué elaborado y preparado durante decenas y decenas de años por los líders de la democracia socialista, y conocido antes de la revolución rusa con el nombre de "colectivismo". Esto se llama ahora "sistema soviético".

Se realiza por primera vez la base de un movimiento revolucionario de los obreros y de los campesinos rusos. Esta es la primera tentativa de la democracia socialista para establecer en un país su dominación estatal por la fuerza de la revolución. En tanto que primera tentativa, y además hecha sólo por una parte de la democracia, por la parte más activa, más revolucionaria y de más iniciativa, su ala izquierda comunista, esa tentativa, por su espontaneidad fué una sorpresa para toda la democracia y por sus formas brutales la sectionó en los primeros tiempos en varios grupos enemigos. Algunos de esos grupos (los mencheviquis, los socialistas revolucionarios, etc.), consideraban como prematura y arriesgada la introducción del comunismo en Rusia. Continuaban confiando en llegar a la dominación estatal del país por la vía legislativa y parlamentaria, es decir por la conquista de la mayoría de las bancas del parlamento con los votos de los campesinos y de los obreros. Es sobre este desacuerdo que entraron en discusión con sus camaradas de la izquierda, los comunistas. Este desacuerdo no es más que accidental, temporal y muy poco serio. Es provocado por un malentendido, por la incomprensión de la parte más vasta, más temida de la democracia sobre el sentido de la transformación política ejecutada por los bolcheviquis. Tan pronto como esta última vea que el sistema comunista no sólo no le aporta ningún mal, sino al contrario, le da entrever ventajas y empleos soberbios en el Estado, todas las discusiones, todos los desacuerdos entre las fracciones adversarias de la democracia desaparecerán bajo la égida del partido comunista unificado.

Ya actualmente notamos un cambio en la democracia en este sentido. Toda una serie de grupos y de partidos, entre nosotros y en el extranjero, se asocian a la

EN LA CASA DE EMPEÑO

¡Tener que dejar por una bicoca la frazada que me costó tanto trabajo comprarla!

PAGINA DE ARTE

ANTONIO MANCINI

Un pintor italiano contemporáneo

Hemos hecho notar, refiriéndonos a la exposición de arte italiana realizada en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, a las dos personalidades más definidas y fuertes que, a nuestro entender, tiene el arte italiano de la hora presente: Antonio Mancini y Adolfo Wildt. Hoy queremos ocuparnos con mayor extensión del pintor, dejando para otra charla al inquietante escultor, de cuyas ideas sobre la escultura habrán podido darse cuenta los lectores del SUPLEMENTO en el núm. precedente.

En verdad, revistando mentalmente la larga nómina de los artistas italianos contemporáneos, es sumamente difícil recordar a ninguno que, por el carácter de sus investigaciones, o el de la obra realizada, constituya una personalidad con relieve suficiente como para destacarse en forma visible del conjunto (Segantini aparte).

Es que, quieras que no, el arte moderno, en sus manifestaciones más típicas y representativas, ha tenido su cuna y su evolución más completa en Francia. Su influencia, como en otrora el fulgurante Renacimiento italiano, se ha infiltrado en el arte universal. Se diría que, paralelamente a los conceptos filosóficos, el arte nacido y desarrollado en ese foco cosmopolita que es París, uniformando el carácter del arte universal, orientándolo hacia preocupaciones comunes ha contribuído al desprestigio de las fórmulas nacionalistas escolásticas, tanto, que hoy pueden separarse más fácilmente las actividades artísticas en tendencias conceptivas que en escuelas regionales. Sin negar las ciertas diferencias de temperamento, puede afirmarse que el sentimiento de una obra impresionista, del ruso Igor Grabar por ejemplo, no será muy distinta, fundamentalmente, al sentimiento de una obra de un pintor francés, impresionista también y de su fuerza.

Pero no seamos simplistas en demasía. A pesar de estos pocos Grabar en quienes la cultura ha borrado todo vestigio de raza, barnizándolos con ese internacionalismo burgués superficial e incoloro, en el fondo cada región interpreta el sentir común de su época, con modalidades propias, por sutiles que sean, dependientes de toda una serie de causas innegables físicas y psíquicas. Así, el impresionismo tiene en cada país su matiz propio. Es claro, alegre y sano, lleno de humanidad diría, en los maestros franceses — Monet, Sisley, Pizarro. Después de las tinieblas románticas del sentimentalismo exajerado, de las pasiones tumultuosas, el impresionismo es el aire puro, la apacibilidad del campo bañado de sol, el amor por las cosas humildes. El arte pretende libertarse del preconcepto intelectual; no quiere expresar más literatura ni filosofía. Descubre con ingénua alegría al mundo, y la luz pasa a ser elemento lírico y exclusivo de toda obra. De aquí la transformación de la técnica, la aplicación de las teorías científicas de los colores complementarios, en fin, el aspecto característico de la yustaposición de colores puros. El impresionismo, el divisionismo derivante, son modalidades de esa preocupación de la luz, y se manifiestan en cada país en forma bastante típica. Ante todo, en rigor, la preocupación esencial es la verdad, el realismo renace, pero armado con conocimientos científicos. Será banal y soso, superficial y brillante, o simplemente vulgar en la generalidad de la producción artística, con todo, además de los maestros franceses, los Sorollas en España no impedirán el desarrollo pleno de esa potente personalidad que fué Regoyos, como no evitarán los Michetti en Italia el florecimiento extraordinario del gran Segantini. Cito estos dos nombres, porque, a mi ver, son de los más representativos. Como Zola en las letras, dentro de su fórmula realista, realizara formidables epopeyas, Regoyos y Segantini, dentro de las preocupaciones técnicas del momento, crearon obras en las cuales la realidad tiene profunda emoción lírica y acentos del más puro y acendrado misticismo.

Antonio Mancini.—Vestido Rococó

Parecería inútil citarlos, pero su confrontación con Mancini nos servirá para fijar a este último en el lugar importante que nos parece corresponderle en Italia.

Antonio Mancini se ha propuesto el problema de reproducir la realidad "según la visión que recibe nuestro ojo cuando se encuentra a tal distancia de las formas que es posible abrazar su conjunto sin moverse". Los antiguos así hacían el contorno, pero luego se acercaban a la figura para realizar los detalles. Mancini pretende imitar a la realidad tal cual aparece como forma y color a través de la atmósfera. Es decir, colocar las cosas en su ambiente. Tal ha sido al fin el problema resuelto por todos los grandes pintores, pero casi todos ellos subordinaron todos los elementos de sus cuadros a una tonalidad general única. Mancini, en cambio, ha querido resolver el problema sin renunciar a ninguna tinta que perciba su visión en un asunto. Hace así del más banal modelo una policromía donde cada color canta luminosamente su nota, lo más vibrante y llena posible, dentro de la orquestación general. De aquí que para realizar ciertas luces recurra a los grandes empastes, y a la aplicación de materias extrañas como el oro y las piedras preciosas. Tecnicismo muy discutible, porque sus cuadros deben verse a una determinada luz, — la empleada por el artista al pintar — sino los relieves excesivos producen sombras que destruyen su obra. El empleo del oro y otras materias es de una lógica rigurosa en Mancini, pues empleando como emplea las tintas a su máximo de intensidad, es decir, el máximo de luminosidad, forzosamente su paleta carece de *luces;* de aquí la necesidad de poner relieves alisados, para que la luz del ambiente al reflejarse en ellos los suba de tono — técnica sumamente discutible por más de un concepto, y el fundamental es el de que en técnica parece fijar al arte unicamente el propósito estrecho de la reproducción exacta de la realidad — hacer de ella un especie de fotografía instantánea policromada. Tal concepto nos lleva lógicamente hacia un arte sensual, hacia el obtenimiento de sensaciones exquisitas y refinadas desprovistas de emoción. Tal el arte de un Straus, y tal el arte de un Anglada y Camarasa — y he aquí el punto de contacto entre este último y Mancini y que el maestro español se complace en reconocer.

En fin, Mancini es un *pintor*. Ama el color y lo expresa con elocuencia. Pero su obra es superficial, tiene no sé qué de vulgar que no siempre es ahogado — como en el maestro catalán — por la fineza del color. Por eso decíamos que Segantini y Regoyos — nacidos del mismo afán de verdad — nos servirán para comprender a Mancini. Aquellos fueron verídicos, pero su esfuerzo, la técnica, no era su finalidad. Ellos nos comunican en sus obras un profundo sentimiento de la naturaleza, unción del espíritu, humanidad. En Mancini aspectos vibrantes resueltos con originalidad. En resúmen, Mancini es para mí, el tipo acabado del pintor realista italiano actual, es decir, el imitador estricto de la realidad, dentro de la nueva comprensión del color y de la luz, como dentro de esa misma tendencia Segantini representa al artista conceptivo que se sirve de la realidad para expresar ideaciones y sentimientos.

Y dígase lo que se quiera, creo con Tolstoy que el arte verdadero es el que expresa sentimientos.

ZERO.

EXPOSICIONES

MIR.— Este pintor catalán es uno de los representantes más honrados de los impresionistas españoles; su apasionado lirismo no hace la menor concesión ni a su paleta ni al público.

El defecto característico de la escuela, desorden e inconsistencia en los planos, están compensados por una gran austeridad, por la riqueza en la percepción retínica y por el amor inmenso que por la Naturaleza siente el artista. Arte espontáneo y sincéro de una época cuya característica fué una sed inextinguible de la libertad.

PELAEZ.— En el Wicomb, este pintor nacionalizado expuso una serie de paisajes argentinos. Peláez es uno de esos pintores que han adoptado el aspecto lumínoso de la escuela impresionista, pero cuyas obras, hechas sin mayor emoción y con poco empeño, — el tiempo es oro — resultan inconsistentes y banales. De estos hombres condenados al *panis lucrandi* en el campo del arte, puede decirse que son una especie de periodistas de la pintura — y no olvidemos que suele haberlos distinguidos y hasta interesantes.

LEONIE MATHIS VILLAR. — Pocos artistas entre nosotros merecieron tildarse de laboriosos como esta pintora. Efectivamente, año tras año viene realizando exposiciones con obras que, sin grandes pretensiones resultan, quizás por eso mismo, serias e interesantes. Serias en cuanto acusan un esfuerzo concienzudo, interesantes por lo que describen— generalmente rincones de pueblos pintorescos y lejanos donde amaríamos ambular sin rumbo fijo, con las manos en el bolsillo, lejos de los tranvías, los autos y otras cosas con cuellos y demás enseres.

Pero falta un poco de atmósfera en sus cuadritos; los cielos, esos cielos azules, límpidos y profundos del norte o de España, los hace opacos y sin vibraciones; sus tonalidades se repiten y resultan monótonas. No puede pedirse lirismo apasionado a quien puede prodigar solamente ternura, pero se puede exijir, dentro de la tendencia que cultiva Leonie Mathis Villar, una mayor justeza en los colores al construir sus fondo de montañas y un mayor empeño por evitar la monotonía que arriesga terminar en un simple amaneramiento.

FRITZ BEHN.— En el Salón Muller Es un escultor de habilidad extraordinaria, sin personalidad. *Hace* donatelismo, mestrovichismo, arquitecturismo y cuanto ismo anda por el mundo, con extraordinaria facilidad. Engaña. De éste puede decirse aquello de la fábula: Bello pero sin alma.

Z.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS NUEVOS

Istoria Makhnovskogo dvigenia, por P. Arschinoff.

Acaba de aparecer la edición rusa de un libro llamado a tener en el movimiento anarquista un éxito duradero, su título es ya significativo de la importancia del tema que desenvuelve: *Istoria Makhnovskogo dvigenia* (1918-1921), es decir, *Historia del movimiento makhnovista.*

Sentimos desde hace mucho tiempo, desde que los comunistas comenzaron a calumniar internacionalmente al camarada Néstor Makhno y al movimiento bautizado en Ukrania con su nombre, la necesidad imperiosa de contrarrestar la propaganda injuriosa del gobierno ruso contra un episodio cuyas características revolucionarias hemos defendido más bien por intuición que con verdadero conocimiento de causa. De la campaña antimakhnovista sacamos nuestras conclusiones a favor de Makhno y de los guerrilleros de Ukrania. Los relatos directos y sinceros no fueron numerosos: los camaradas que escribieron sobre la Ukrania revolucionaria lo hicieron más bien con datos recibidos en Moscú o en la esfera de la leyenda que en la realidad de los hechos. Pero esto era insuficiente; era preciso, en interés de la propaganda y en interés de nuestras ideas, conocer más a fondo el heróico movimiento de los obreros y de los campesinos ukranianos tal vez el único movimiento verdaderamente ruso, verdaderamente nacional, verdaderamente consecuente con el alma y la historia de la raza eslava. Los bolcheviquis han llevado a Rusia un espíritu ajeno a su pueblo; y han triunfado gracias al sistema de violencia despiadada que emplearon, pero hondamente ruso, característico de la raza eslava es un Tolstoi, es un Stenka Ratzin, es un Makhno y no un germanismo autoritario como el de los comunistas. Néstor Makhno ha realizado un viejo sueño de Bakunin: la sublevación de los campesinos, la provocación de su anarquismo instintivo y la creación de una nueva vida al margen del Estado y de las escuelas socialistas doctrinarias de las ciudades.

En nuestro diario hemos publicado cuanto se escribió sobre el makhnovismo en todos los idiomas; hemos recogido relatos más o menos aproximados a la verdad y quizás todo ese lujo de documentos contribuyó a avivar en nosotros el interés por las cosas de la Ukrania revolucionaria de 1918 a 1921. Hemos dado a los camaradas de habla española las mejores descripciones de la tragedia de Kronstadt y sobre este crimen de los bolcheviquis el juicio popular se ha pronunciado ya definitivamente. Respecto de Ukrania no hemos podido presentar aún materiales acabados como para valorizar en todo su alcance la significación del makhnovismo. El libro que acaba de ver la luz en Berlín, un volúmen de 260 páginas con un mapa de la zona insurreccional de Ukrania y el retrato de Makhno, contiene la versión más exacta y completa de una insurrección anárquica cuyos valores merecen la más detenida discusión en el campo de nuestras ideas.

He aquí el índice: Prefacio de Volin; I La democracia y las masas trabajadoras en la revolución rusa; II La revolución de octubre en la Gran Rusia y en Ukrania; III Los guerrilleros ukranianos, Makhno; IV Sobre la caída del hetman; El movimiento de Petlura. Espíritu de clase del bolchevismo; V La Makhnovitschina; VI Continuación. La muerte de Grigorief. El primer ataque de los bolcheviquis contra Gulai-Pole; VII La gran retirada de Makhno y su victoria. Combate de Peregonovka. Derrota de Denikin. La era de la libertad; VIII Los errores de los makhnovistas. El segundo ataque de los bolchevistas contra la región insurreccional; IX Convención de los makhnovistas con los bolcheviquis. Tercer ataque de los bolcheviquis; X Noción y significación de lo nacional en la makhnovitschina. La cuestión judía; XI Personalidad de Makhno. Nociones breves sobre algunos participantes en el movimiento; XII El makhnovismo y el anarquismo. Conclusión.

El autor de este libro, camarada Arschinoff, ha sido un prominente militante en las filas makhnovistas y es de los pocos que hubieran podido hacer un trabajo del valor objetivo que este libro tiene. En ciertos pasajes, sin necesidad de frases sentimentales, las lágrimas acuden a los ojos del lector, y el odio contra todos los gobiernos y todas las autoridades no puede menos que alimentarse en la lectura de las páginas de la "Hitsoria del movimiento makhnovista".

Ilustran el texto profusión de documentos desconocidos e interesantes, cartas y proclamas de Néstor Makhno. Para todo anarquista este libro tiene una significación múltiple: aclara de una vez la realidad de la insurrección ukraniana; opone frente a la propaganda calumniosa de los comunistas el argumento irrefutable de los hechos, descriptos con la mayor crudeza, sin adornos literarios ni circunloquios, y constituye un acicate para futuras luchas, vitalizando el anarquismo con el aporte de la experiencia de sus postulados libertarios. El libro de Arschinoff debería ser conocido y difundido en el mundo entero; y esperamos que le esté reservado ese destino.

La bibliografía anarquista cuenta este año obras de un mérito no común para la propaganda: *La Etica*, de Kropotkin (acaba de publicarse la edición alemana), *La impostura religiosa*, de Sebastián Faure, *Errico Malatesta*, de Max Nettlau, y *Historia del movimiento makhnovista*, por P. Arschinoff. Ante una producción de ese mérito no podemos menos que enorgullecernos.

Antonio Mancini.—Retrato

"CARTAS A UNA MUJER"

PREFACIO

Enterado el camarada Fabbri de nuestro propósito de traducir al español y publicar en volúmen sus "Cartas a una mujer", nos envió la carta que reproducimos a continuación, que es el prefacio del pequeño pero excelente libro de propaganda que acaba de aparecer.

Queridos compañeros de LA PROTESTA:

Vosotros me pedís consentimiento para traducir y publicar en español, en esa capital argentina donde nuestra idea tiene militantes numerosos y valerosos, uno de mis primeros trabajitos: aquellas *Cartas a una mujer* que nuestro óptimo y viejo compañero Camilo Di Sciullo quiso reunir e imprimir en Chieti hace más de quince años.

Vosotros sois demasiado buenos, amigos queridísimos, sea porque quizá dáis más valor del que merece a este trabajito de mi juventud, sea por pedirme mi consentimiento del que entre nosotros no hay necesidad, puesto que las cosas de la propaganda una vez publicadas pertenecen a todos, y quien las quiere reimprimir las reimprime... Y cuantas más cosas nuestras se publiquen mejor es — siempre, se entiende, que se trate de cosas no nocivas o no del todo inútiles. Vosotros habéis juzgado que tales son mis *"Cartas"*, y a mí no me queda más que agradeceros el juicio lisonjero. Haced, pues...

Y hasta debo excusarme con vosotros si, sabido vuestro deseo, os dejo publicar el libro así como está, sin aportarle las modificaciones y correcciones, sin hacerle los cortes y los agregados que ciertamente serían necesarios. Releyendo el librito, ahora, lo encuentro literariamente demasiado humilde y defectuoso. Acá y acullá hay afirmaciones demasiado axiomáticas, que sería necesario hacer seguir de demostraciones; algunas otras afirmaciones, o por lo menos ciertas expresiones, las quitaría completamente, etc.

Y luego, en estos últimos veinte años, otros problemas se han presentado en el terreno de la discusión, y que hoy, sería necesario discutirlos. Esto constituye una laguna en mis *"Cartas"*... Pero si debiera quitar al librito los defectos que ahora le veo, hacerle las correcciones necesarias, agregarle lo que le falta, tendría que rehacerlo desde el comienzo al fin. Más bien debería hacer un trabajo nuevo. Por lo demás creo que esto sucede con cualquier trabajo intelectual que su autor revise después de un largo período de tiempo. Dejad, pues, estas modestas *"Cartas"* tal como están y tomadlas por lo poco que valen.

Pueden quedar cual son, como trabajo de propaganda, por una razón muy simple: porque las ideas expresadas no han dejado de ser ideas verdaderas y justas; porque por lo menos aquellas ideas son siempre las mías, de ellas estoy cada vez más convencido, a ellas soy más que nunca afecto y devoto, porque estoy firmemente persuadido de que corresponden

(1) *Nombre dado a los participantes de la primera sublevación revolucionaria rusa que tuvo lugar principalmente en San Petersburgo en diciembre de 1825, y cuyos cinco principales cabecillas fueron ahorcados después de la derrota.*

(2) *Narodnitchestvo: movimiento que se desarrolló hacia 1870. Exodo de numerosos estudiantes de ambos sexos de las clases elevadas hacia las profundidades de las masas populares con el fin de instruirlas y de hacer propaganda socialista. Este movimiento fué aniquilado por las infinitas persecuciones. Surgió de él el Narodvolchestvo, tendencia que entrañó la formación del partido "Narodnaia Volia", que tenía por objeto la supresión del zar a fin de transformar el régimen y hacer posible la propaganda. Lograron matar al zar Alejandro II en 1881.*

"plataforma soviética". Grandes partidos políticos de los diferentes países que estos últimos tiempos eran los animadores de la segunda Internacional "amarilla" y que desde allí luchaban contra el bolchevismo, se disponen ahora a ir hacia la Internacional comunista. Todos los que antes de la revolución rusa componían a la Social Democracia Internacional, cuya substancia burguesa comenzó a resaltar ante los ojos de todo proletario al cambiar de opinión, volverse la casaca y acercarse a la clase obrera bajo el estandarte comunista con la "dictadura del proletariado" como programa. Pero semejante a las grandes revoluciones precedentes, en que lucharon los campesinos y los obreros, nuestra revolución ha puesto igualmente en relieve una serie de aspiraciones libertarias, naturales a los trabajadores en su lucha por la libertad y la igualdad. Corrientes anarquistas se han dibujado poderosamente en la revolución.

Una de estas corrientes, la más poderosa, la más brillante, es la *machnovtchina*. Durante tres años intentó heróicamente abrir en la revolución un camino por el que los trabajadores de Rusia pudieran llegar a la realización de sus aspiraciones seculares: la libertad y la independencia. A pesar de las tentativas más encarnizadas, más salvajes del poder comunista para ahogar esa corriente, para denaturalizarla, para enlodarla, envilecerla, continuó viviendo, desarrollándose y acrecentándose, combatiendo sobre varios frentes de la guerra civil, descargando a veces golpes serios sobre sus enemigos y excitando en los obreros y en los campesinos de la Gran Rusia, de Siberia y del Cáucaso la esperanza de la revolución.

P. ARCHINOFF

NOTA.—El presente artículo fué publicado por la *Revue Anarchiste* con el nombre de Volin, pero Volin es el traductor. Es el capítulo que sirve de introducción al libro *Istoria Makhnovskogo dvigenia*, recientemente publicado por el camarada Archinoff, uno de los más profundos conocedores del machnovismo por haber sido un destacado militante en él.

más a ese ideal de verdad y de justicia que es el resorte principal del progreso humano. Y es grato también a mi corazón que estas cartas queden como me han salido la primera vez de la pluma modesta pero entusiasta, porque fueron escritas en un período simpático de nuestro movimiento y están ligadas a los mejores recuerdos, íntimos y políticos a la vez, de mi juventud.

Estas cartas fueron comenzadas a escribir a principios de 1902; y eran en su origen, realmente, cartas privadas escritas a una muchacha que mas tarde fué y es todavía la compañera fiel de mi vida. Con estas cartas yo quería que ella aprendiese a amar conmigo, en mi persona, lo que para mí constituía entonces y constituirá hasta la muerte la parte mejor de mi alma: este ideal de la Anarquía, razón y sentimiento al mismo tiempo, en que se armoniza todo lo mejor que el pensamiento humano ha sabido concebir como aspiración de porvenir.

Era aquel un período floreciente de nuestro movimiento y de nuestra propaganda en Italia. El inolvidable Pedro Gori acababa de volver de la República Argentina y con su cálida palabra despertaba en el proletariado italiano las mas radiosas esperanzas, encendía en nosotros, sus compañeros de fe, los mejores ardores del apostolado y de la lucha. Y esto mientras aun duraba y se continuaba en nosotros la influencia de otro apostolado, interrumpido por las persecuciones de 1898: el poderoso, tan denso de buen sentido, de razón y de pensamiento, de Errico Malatesta, que tanto había contribuido a volver el movimiento anárquico al sólido terreno, por breve tiempo abandonado, de los principios y de la táctica de la primera Internacional federalista y revolucionaria que fué llamada, más o menos impropiamente, bakuninista.

Aquellas "Cartas" a la mujer amada, al principio personalísimas, fueron publicadas en *L'Agitazione* de Roma por consejo justamente de Pedro Gori, a quien mi novia le había mostrado algunas. Solo que, por un sentimiento natural de reserva, en el periódico aparecieron ligeramente modificadas como cartas de una mujer a otra mujer. En esa ocasión se les suprimió todo lo que tenían de personal y, se comprende, fueron algo completadas para las necesidades de la propaganda.

Fué en aquel período de tiempo, en las frecuentes visitas que Gori nos hacía en Roma, cuando nuestro amigo escribió en un album de la mujer a que estaban dirigidas mis "Cartas sobre la anarquía", dos estrofas dulcísimas que no puedo menos que reproducir aquí:

Buona fanciulla che mi domandate
un ricordo per l'albo, il cuale accoglie
per vostra giovinezza strofe alate
fiori augurali e verdeggianti foglie,
vo'dirvi dun rispetto a la cadenza
la vera de la vita sapienza.

Allacciatevi a lui, che amate. Avvinti
anime e bracia, passerete quali
iridi sovranti in mezzo ai venti
de la tempesta, e verso d'idrati
ascenderete, ei baldo e voi felice,
ei combattente e voi consolatrice.

Las "*Cartas a una mujer*" fueron continuadas en *L'Agitazione* por un año o dos — no recuerdo bien — y yo las había olvidado ya cuando a Di Sciullo se le metió en la cabeza publicarlas en volúmen, en 1905. Entonces volvieron a ser, como en su origen, las cartas de un hombre a una mujer, y así quedaron y como tales han tenido en Italia, especialmente entre los compañeros, cierto éxito. Pero ha pasado tanto tiempo desde entonces!... Y yo pienso en aquel tiempo lejano con un sentimiento de infinita nostalgia, ya que la guerra, con todas sus consecuencias, nos separa de él como si hubiesen pasado siglos! ¡Y qué contraste entre la benignidad, aunque anhelante de pugnas más enérgicas, de aquellos tiempos de calma apostolado y la tempestad que ruge hoy sobre nuestras cabezas con el fragor de cien amenazas!

Quizá es por este contraste entre los recuerdos de entonces y la realidad actual, que yo miro hoy estas pobres "*Cartas sobre la anarquía*" tal vez con mayor indulgencia y complacencia de la que merecerían y no me desagrada que retornen a la luz más allá del océano — a distancia en el tiempo y en el espacio — en el armonioso idioma del antiguo hidalgo errante y del moderno gaucho rebelde.

Vuestro siempre y por la causa de la libertad humana

Luis FABBRI

El movimiento obrero en el Japón

La mayoría de nuestros sindicatos tienen una organización reciente. Solo se excetúa la Unión Tipográfica Shinyu-Kai que cuenta con una historia de 23 años. Y para comprender el verdadero movimiento obrero en Japon es necesario conocer ante todo la influencia socialista entre los trabajadores organizados.

Aunque su historia sea reducida y el número de sus afiliados escaso, el sindicalismo japonés ha obtenido ya extraordinarios progresos en el aspecto teorico de la cuestión y como consecuencia ha producido en poco tiempo organizaciones obreras verdaderamente batalladoras.

El sindicato japonés es hoy en dia tan revolucionario como el que más en Europa o América. No es posible ignorar este hecho, pués el sindicalismo en el Japon ha sido grandemente influenciado por el anarquismo o anarco-sindicalismo: Todavía repercute en nuestros oidos la fecha del 24 de enero de 1911, pues en ese dia Kotoku y otros 11 anarquistas, incluso una mujer, llamada Suga Kwanno, fueron ejecutados y otros doce camaradas sentenciados a presidio perpétuo. La mitad de ellos ha muerto ya en la prision...

El movimiento socialista del Japon sufrió un golpe en esa ocasión, pues perdimos a nuestros mejores camaradas.

Los compañeros Osugi, Sakai, Yamakawa y Arabata estaban encarcelados en aquel tiempo por el asunto de la bandera roja. Después de obtener la libertad continuaron la propaganda bajo la más grande opresión. Pero lo que el movimiento obrero japonés ha llegado a ser actualmente se debe en gran parte a esos camaradas. Osugi, Arabata y Yamakawa eran comentadores del anarco-sindicalismo; Sakai era un marxista ortodoxo. Despues de la revolución rusa, Sakai, Yamakawa y Arabata se dieron vuelta hacia el bolchevismo, pero Osugi permanece siendo aun un anarquista comunista.

Los discursos pronunciados por Sen Katayama en Moscú sobre el movimento obrero en el Japón contienen una cantidad de errores crasos. Dijo entre otras cosas:

"Entre los obreros hay algunos proletarios industriales organizados: en 1920 había 838 sindicatos con un número de asociados de 269.000 y en 1921 había 671 sindicatos con 264.000 miembros y 229 organizaciones campesinas con 24.000 socios. Pero desde entonces hasta ahora ha habido un aumento. Las organizaciones de terratenientes, con excepción de 225, son en realidad uniones de propietarios campesinos y cuentan con 1.422,000 socios. Hay también sociedades cooperativas; en 1920 había 685 con 2.000.000 de afiliados. Estas ayudaron a 3.169.000 de personas con una suma de dinero de 1.551.000 yens".

Hasta aquí los datos de Katayama. Pero las cifras reales son las siguientes:

Sindicatos: 54. — Total de miembros: 29.000. En lo que se refiere a la organización de campesinos no tengo una estadística a mano, pero sus afiliados deben ser alrededor de 2.000.

Estos organismos obreros están concentrados en dos grandes grupos. Uno de ellos es la Federación Obrera Japonesa (F. O. J.) y el otro la Asociación Sindicalista (A. S.). Las cifras correspondientes son las que siguen:

	Sinds.	Afils.
A. S.	21	12.500
F. O. J. y organismos afines	33	16.000
Sindicatos de campesinos, bajo la F. O. J.	13	800

La F. O. J. tiene su mayor influencia en Osaka y la A. S. en Tokio:

A. S.

	Sindits.	Afiliados
Tokio	12	9.000
Osaka	9	3.500

F. J. O.

	Sindicts.	Afiliados
Tokio	6	1.500
Osaka	28	15.000

En sus concepciones doctrinarias los sindicatos de Tokio son mucho mas avanzados, los de Osaka son más bien reaccionarios. Uno de ellos, el de los trabajadores del Arsenal de Osaka, que es la organización mas importante de la F. O. J., defiende principios concordantes con el imperialismo japonés.

Los dirigentes de la F. O. J. son egresados universitarios y profesores. Hay una diferencia tan grande entre la F. O. J. y la A. S. precisamente porque la A. S. está dirigida enteramente por obreros mismos.

Katayama declaró en Moscú que la F. O. J. había llegado a ser bolcheviqui, pero los hechos reales son tal como los acabo de relatar.

El año pasado se propuso formar una Federacion obrera regional y grupos de obreros de todos los sindicatos se reunieron en Osaka el 30 de septiembre. Los arquistas de tendencias comunistas se reunieron allí también. Durante los discursos la policía ordenó la dispersion de la conferencia. Muchos concurrentes fueron arrestados en el acto. La conferencia quedó pues dispersada, pero nosotros los obreros de la A. S., no tuvimos la intención de dejar en el aire ese asunto. Teníamos aun esperanzas, aunque nuestras opiniones diferían de las de los dirigentes de la F. O. J., y procuramos celebrar otra conferencia. Pero como las perspectivas de una reunión regional eran demasiado tristes para los dirigentes de la F. O. J., éstos declararon posteriormente que no se unirían con la A. S. La Federacion regional no ha podido surgir pues hasta el dia de hoy.

¿Cual es la causa de tal situación? Temiendo que sus posiciones peligrarían en caso de que se estableciera una Federación regional, los dirigentes de la F. O. J. sólo se han ocupado en detentar el poder de la Federacion en sus propias manos. Nosotros establecimos los siguientes puntos contra esa intención:

1º El Comité Ejecutivo debía ser elegido por todos los obreros en la proporción de un miembro por cada sindicato.

2º El Comité Ejecutivo debía estar constituido por obreros unicamente, sin excepción.

3º La forma de organización debía estar basada en la libre federación de los sindicatos, no en la centralización, y cada sindicato debía poseer su propia autonomía.

Nuestro lema era el siguiente: "Debemos crear en nuestra organización el germen de la futura sociedad". Estas ideas iban contra las tesis de los dirigentes de la F. O. J., quienes causaron el fracaso de la conferencia.

Después de la revolución rusa los socialistas japoneses han sido muy influenciados por el bolchevismo. Los comunistas japoneses reciben dinero para su propaganda de la Rusia del Soviet. La A. S., en cambio, ha sido desde su origen, contraria a todos los movimientos políticos. La F. O. J. ha necesitado una nueva filosofía con la cual poder atacar a la A. S. y los comunistas se han unido en este sentido con la F. O. J. Pero los trabajadores conscientes estarán siempre contra el bolchevismo y los movimientos políticos. Nosotros encontramos esta buena tendencia aun entre algunos obreros de la F. O. J. La organización de la F. O. J. de Tokio está más bien de nuestro lado. En Japón el bolchevismo es la filosofía de los socialistas intelectuales y en cambio la filosofía socialista de la clase trabajadora es el anarco-sindicalismo. La Internacional Comunista se ha declarado en favor del frente único sindical, pero los comunistas japoneses están en contra de la unión de los obreros.

El año antepasado, muchos comunistas fueron arrestados por organizar una asociación secreta llamada Partido Comunista Japonés (o Gyomen Kyosantio). Durante este hecho ellos hicieron una confesión abominable frente a la corte judicial. Tal hecho nunca antes había ocurrido en la historia del movimiento socialista japonés. En consecuencia, cuando fueron absueltos, gritaron con toda impudicia sobre la necesidad de un frente único contra la burguesía. "Formad un frente único con la burguesía y con el juez. No trae peligros y en cambio os hará más provecho que si lo formáis con nosotros", les replicaban, riendo, los trabajadores.

Sakai y Arabata son revolucionarios honestos y activos contra los cuales nada puede decirse. Pero, en su conjunto, los comunistas japoneses son jóvenes académicos, personas timoratas. No obstante, ellos califican de traidores y de espías a los obreros dirigentes de la A. S., los anarquistas S. E. Osugi, S. Iwasa, K. Wada, Kengi Kondo y T. Mizunema. Los comunistas resultan siempre expertos en argumentos académicos, pero no en asuntos prácticos.

Nosotros editamos ahora un periódico mensual que defiende las teorías de la A. S. entre los desorganizados. Está redactado enteramente por obreros agremiados; se llama "El movimiento Unionista" (Kumiai Undo). Tal es nuestra situación actual en Japón.

Desearía que fuera conocida por los compañeros anarquistas, sindicalistas y revolucionarios de todos los países. Nuestra dirección es:

E. K. Nobushima

Nº. 44, Itchome, Motozonocho, Kojimachi-ku, Tokio, Japón.

Evolución, Revolución

La evolución es constante. En el individuo, evolución moral, intelectual y por tanto evolución social, progreso científico material. Parece, pues, que la evolución debe bastarse a sí misma y que esta ley de progreso, ley fatal, inevitable, debe conducir al individuo y por consiguiente a la sociedad hacia un estado mejor.

Si no sucede así, no debe por eso negarse la evolución. La cuestión debe ser examinada en el individuo y no en el estudio de la Sociedad, que no es más que el agregado — ¡cuán imperfectamente establecido! — de las individualidades.

El individuo se compone de dos entidades distintas: el ser moral y el físico. En el moral residen y deben desarrollarse, transformarse los sentimientos, las ideas, el intelecto; es lo abstracto puro del ser. En el físico, existen y deben evolucionar, o a lo menos seguir su libre curso, las sensaciones, las impulsiones naturales de los sentidos, los deseos, todos los deseos que deben, o, más bien, que deberían expandirse en plena libertad, porque son naturales e innatos en el individuo.

Estas dos entidades que forman al individuo, dejadas a su libre desarrollo, constituyen una evolución que por sí misma, sin choques, sin frotamiento, conduciría al ser al goce pleno, a la integral satisfacción de sus ideales, de sus deseos. El ser físico, el ser moral, no sabrían contradecirse en algo, puesto que su acción es perspectiva, paralela y en realidad no hacen más que completarse entre sí.

No podría, pues, existir en el individuo ni lo bello ni lo feo, ni el bien ni el mal, porque toda concepción, todo acto está consentido por él mismo y para él mismo y satisface sus deseos, su ideal.

Pero a estos dos principios esenciales y naturales del ser viene a unirse, o mejor, a dominar el principio artificial de la sociabilidad; el Ser Social, el individuo, organizándose, sometiéndose, prostituyéndose a sus semejantes, ha dado nacimiento a una entidad basada a la vez sobre el egoísmo y el sadismo, entidad que paraliza, reglamenta, ahoga, comprime, deforma al individuo natural, lógico y sano, para hacer de él la célula de un organismo, el átomo de una agregación artificial, y, por consiguiente, ilógica, opresiva y malsana.

Si la base creadora de esta entidad artificial reposa sobre un sentimiento falso, una violencia, un trato no consentido, esta concepción en el individuo no puede más que poner trabas a su natural, a su sano y justo desarrollo. Y este es el caso.

El ser social burlado, ahogado por su reglamentación, su legiferación, su moral falseada, resulta el individuo con todas sus libres bellezas, física y moralmente libre, pero socialmente sujeto.

Cuando en el ser consciente de su personalidad natural y deseando volver a tomar el libre impulso de sus pensamientos, de sus deseos, nace la conciencia de su esclavitud social, entonces sueña en su liberación, en ser él mismo. Juzga la violencia indispensable para libertarse de la violencia que le oprime. A la evolución natural, piensa adjuntar el acto de la Revolución.

Una Revolución útil y racional no podría ser sino la que suprimiese la esclavitud social, la entidad social del individuo, para dejar el campo libre al desarrollo íntegro y natural del ser moral, y físico, al individuo libertado de toda coerción artificial.

A. SOUBERVILLE

IDEALISMO Y OPORTUNISMO

Del idealismo al oportunismo hay tanta diferencia como entre el movimiento político y el anarquista. El idealismo es la revolución en potencia. El oportunismo es la conservación. Aquel lleva en sí la fuerza y la voluntad de adaptar la realidad a valores ideológicos y morales superiores; éste, al contrario, no aspira más que a una provechosa adaptación a las circunstancias. El idealismo es una fuerza de progreso, un estímulo a la evolución progresiva, una corriente que concita voluntades, provoca inquietudes y sacude la humanidad entera en la ola de las nobles aspiraciones y de los altos deseos; el oportunismo, sea cualquiera el color y las apariencias con que se disfrace, es siempre una debilidad de espíritu, un materialismo utilitarista de la peor especie, una negación de los atributos de la voluntad y de los poderes del espíritu, una impaciencia que oculta la naturaleza conservadora en los que parecían haberse despojado de ella. Si es más o menos lógica y natural la división que hacemos en revolucionarios y no revolucionarios, a los primeros no debemos distinguirlos sino por el idealismo; donde falta el idealismo falta la revolución, o mejor dicho el espíritu revolucionario. Los primeros cristianos, que soñaban y laboraban por un pretendido mundo de justicia y de igualdad, que sufrieron varios siglos de monstruosas persecuciones y martirios sin abdicar sus ideales eran revolucionarios. Eran revolucionarios los pensadores del Renacimiento, que dijeron al mundo la verdad en medio de los mayores peligros para su vida y de la opresión espiritual más atroz, muriendo muchos de ellos en las hogueras inquisitoriales, por el delito de sostener sus ideas; los primeros republicanos eran revolucionarios, porque estaban poseídos del espíritu de sacrificio y concebían la república como el supremo bien y la suprema justicia. Todo idealista es un revolucionario, y el revolucionario que no sea idealista no merece tal nombre, porque en realidad no es más que un oportunista o un ambicioso que no ve más allá de sus satisfacciones personales.

Todos los ideales históricos han sido grandiosas epopeyas de sacrificio, de renunciación a las comodidades personales en pro del mejoramiento colectivo, han puesto en movimiento las grandes masas, han originado trastornos sociales y modificaciones más o menos considerables. El cristianismo sacudió el mundo, conmovió todas las clases sociales, ensangrentó la tierra con la sangre de los mártires; es verdad que el triunfo fué para él un desencanto, el desvanecimiento de los sueños generosos, la degeneración en el poder de la Iglesia. La realidad ha demostrado como una piedra de toque sus fallas y su inconsistencia; pero antes de su triunfo era el dueño de las colectividades, era la bandera de la revolución. La figura de Cristo persistía siempre en la memoria de todos los revolucionarios.

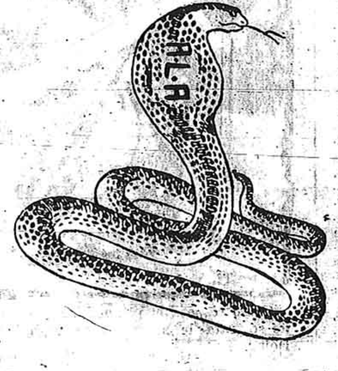
Los jefes del "anarquismo nuevo" han repudiado el supuesto anarquismo viejo, porque en él hay un cierto fondo de religiosidad; esa religiosidad es el sentimiento idealista. Si quieren fundar un anarquismo sin idealismo, es decir, sin esa religiosidad que repudian, tendrán que privarlo de su naturaleza revolucionaria. Religiosidad no quiere decir teismo, ni menos iglesias; el teismo es una traducción primitiva del sentimiento religioso que nació a causa de la ignorancia, y la iglesia es la negación de toda religiosidad, es la explotación del sentimiento religioso. La base del sentimiento religioso es inextirpable en el alma humana; tendrá todas las expresiones que quiera, pero no puede desaparecer. Los artistas hablan de la religión de la belleza, los sabios de la religión de la verdad, y efectivamente el sentimiento de la belleza y su consagración a su cultivo, o el sentimiento de la verdad y su dedicación a descubrirla y propagarla son traducciones modernas del fondo religioso de la naturaleza humana. El idealismo es actualmente la traducción más corriente de la religiosidad. Los "anarquistas nuevos" no quisieran que el anarquismo fuese idealista, sino puramente positivista, ajeno a las ideas y a los sentimientos persistentes, que hiciera todos los días un exámen de la realidad y se dictara su ideología cada cierto número de horas. Vemos aquí un desconocimiento de la naturaleza espiritual y sentimental del hombre. Jamás diremos nosotros que hay que apartarse de la realidad, pero sostendremos que hay que ir a la realidad no sólo a recibir órdenes sino a darlas; no debemos someternos a la realidad más que en la medida que conviene para dominarla mejor y adaptarla a las concepciones de nuestro mundo interior, o sea a nuestro idealismo. Pero los anarquistas "nuevos" repudian el idealismo; dicen que hay en él algo de sectario y de dogmático; ¿cómo pueden, pues, influir en la transformación de la realidad si su doctrina se reduce a ajustarse a ella lo más estrictamente que sea posible?

El anarquismo es un movimiento histórico, un idealismo social; es más reflexivo y consistente que los demás idealismos conocidos a que las grandes masas se adhirieron en el transcurso de los siglos, tiene una base individual indiscutible, — por el hecho mismo de ser antiautoritario, — pero no puede desprenderse de lo que todo movimiento social idealista implica: un fondo de ideas y sentimientos tradicionales que se expresan como una vigorosa afirmación de la vida y como una fuerza invencible de renovación. El anarquismo revolucionario es un idealismo social. Hay también un anarquismo filosófico, que tiene un enorme radio de acción en la vida humana, en la conformación espiritual de los hombres. Reconozcamos el derecho a la existencia de ambos, pero no querríamos negar éste o aquél, porque nuestra simpatía va hacia uno o hacia el otro. Si somos partidarios de un anarquismo filosófico, no dejemos de reconocer que hay un idealismo social, inspirado en el anarquismo y que deberá entrañar todas las características de los idealismos sociales. Por lo demás, un anarquismo puramente filosófico tiene una razón de ser muy discutible y hasta ahora no le hemos conocido como una ideología independiente del movimiento social. En ninguna parte como en nuestro movimiento armonizaron tan estrechamente la teoría y la práctica.

El idealista ha obrado siempre de acuerdo a la fórmula "o todo o nada". Es decir, el idealista no abdicó o recortó las exigencias de su espíritu y de su corazón para obtener concesiones pasajeras y bienes inmediatos. Ese recorte es un privilegio del oportunismo. Los primeros cristianos han padecido durante muchos siglos hasta que creyeron haber definitivamente triunfado al ver a un emperador adoptar su signo de resistencia y de lucha: la cruz. Se vió después que las conquistas fueron ilusorias y que el cristianismo murió cuando creyó haber triunfado. Pero los primeros cristianos no eran oportunistas sino verdaderos idealistas, dispuestos a morir en los circos romanos devorados por las fieras o quemados antes que ceder en sus ideas y en sus aspiraciones. El anarquismo como movimiento social idealista no procede distintamente. Desde que existe, los Estados políticos se han conformado especialmente para destruir y matar en germen el anarquismo. Sin embargo el anarquismo vive, progresa en número, en la claridad de las ideas y en la fuerza de los sentimientos y convicciones. Si se quisiera ceder en su fórmula absoluta antiautoritaria un poco, si no fuera un movimiento idealista podría hoy mismo obtener plazas en los parlamentos, posiciones sociales y políticas, tal vez el gobierno de un Estado. Pero el anarquismo no es oportunista; ha cedido el honor de las claudicaciones y de las transgresiones al marxismo, porque el marxismo no es un movimiento social idealista, sino un partido o una serie de partidos políticos que tienen impaciencia por triunfar, por ocupar posiciones ventajosas en la sociedad, aún a costa de recortes y remiendos a lo que suponen programa propio. En general el marxismo es un oportunismo que nada tiene de común con el espíritu revolucionario, porque está absolutamente desprovisto de idealismo. El marxismo no puede aspirar más que al triunfo político, a la posesión del poder. Su contenido no puede inspirar un idealismo social, una base revolucionaria. Cuando el marxismo habla de revolución entiende hablar de la revolución política, de la ocupación de los puestos privilegiados del Estado por un movimiento de masas o por la colaboración con los dueños actuales del poder. El sentido y la técnica revolucionaria del marxismo no difieren de la que pueden emplear y de la que emplean cuando están en la oposición o en situación desventajosa los partidos conservadores. Es el contenido y la técnica del oportunismo. En ciertos momentos la satisfacción de las ambiciones personales o partidistas se verifica más naturalmente por el camino de las barricadas que por el de las colaboraciones y de las transgresiones. Los marxistas obran así, lo mismo que los reaccionarios. Un idealismo social no tiene esa elasticidad, esa capacidad de adaptación al medio ambiente. Un idealismo social lleva en alto siempre el pendón de sus reivindicaciones y si posee la suficiente vitalidad, si su razón de ser está justificada por la historia, en lugar de adaptarse al medio, de rendirse a los atractivos del éxito social incompleto, domina al medio, le impone su medida de los valores, lo transforma. El marxismo necesita el Estado, la violencia estatal para imponerse, necesita el partido disciplinado para mantenerse en el terreno de las luchas políticas; en sí mismo no contiene valores ideales que puedan arrastrar a los pueblos, a las grandes masas con la fuerza irresistible de la voluntad de crear un mundo nuevo.

El anarquismo dominará el mundo por la fuerza de sus ideales, lejos de la impaciencia oportunista, sabe que su triunfo no es resultado de un golpe de mano atrevido, sino de una honda transformación de la conciencia humana; el anarquismo, como ideal verdaderamente revolucionario, sabe esperar sin claudicar ni empequeñecer sus aspiraciones siguiendo los incentivos del oportunismo. El anarquismo no es programa susceptible de ser acomodado a las necesidades de cada hora y de cada oportunidad; es una doctrina y un movimiento histórico que hace su avance al porvenir en tanto que se afirma como la voluntad de resolver las contradicciones de una civilización basada en el privilegio y en la autoridad. El anarquismo no admite contubernios con principios opuesto y con corrientes adversas, no transige, no tiene la elasticidad del pseudo revolucionarismo autoritario: si no vence tampoco se doblega ni negocia un modus vivendi. El anarquismo dice: ¡Todo o nada! Hay quien asegura que eso es intransigencia sectaria, pero realmente no es más que la característica de un movimiento idealista, es decir, revolucionario.

S. D.



Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erfurt

III

Hoy sabemos que tanto Hobbes como Rousseau estaban equivocados, no sólo en la opinión del carácter benevolente de los llamados hombres primitivos, sino también en sus conceptos sobre el origen de la sociedad. No existió nunca un estado sobre la tierra en que vivieran los hombres como individuos aislados o como pequeñas familias. Todo lo que sabe informarnos la investigación científica sobre la vida de las poblaciones primitivas aún existentes, y todos los hallazgos prehistóricos que nos instruyen sobre la vida de los hombres en los tiempos del lejano pasado nos demuestran que los seres humanos han vivido siempre en grandes comunidades y que estuvieron asociados entre sí por fuertes lazos sociales. No fué la familia la primera forma de la convivencia social, sino el clan, la tribu. La familia surgió a la vida sólo en una época muy posterior de la evolución humana.

La vieja afirmación de que el hombre es el fundador de la vida social está desde hace mucho refutada. No es el hombre el que ha creado la sociedad sino la sociedad la que ha hecho a los hombres. Nuestros lejanos antepasados, que todavía estaban al otro lado del umbral de la humanidad, estaban ya asociados en sociedades y eran criaturas animadas de un sentimiento social, de donde el hombre posterior ha tomado como herencia el instinto social y los primitivos rudimentos de una moral. Así, pues, el hombre no ha sido nunca individuo en el estricto sentido de la palabra, sino siempre miembro de una especie, y la teoría del individuo absolutamente independiente del tiempo y de la sociedad no es más que una representación abstracta que sólo

ha existido en las aéreas regiones de la especulación metafísica, pero nunca en la realidad.

Tampoco creáis, compañeros, que lo que su cerebro formula y su corazón conmueve es unicamente el efluvio de su *yo* personal. No, en nosotros dormitan las impresiones de generaciones enteras que nos precedieron y desde el fondo de nuestro espíritu parten mil hilos invisibles al reino nebuloso del pasado. Todo lo que vivió sobre la tierra nos fué legado, vive en nosotros. Vemos por tanto que es imposible cristalizar nuestro *yo* y que el *yo* puramente abstracto, que fluye de sí mismo, de los filósofos individualistas no es más que una fórmula vacía que no puede reclamar ninguna suerte de importancia. No hay más que un *yo*, el *yo* social ligado con mil lazos a la sociedad y en él encuentran un eco natural todos los movimientos y sensaciones de los semejantes. Los individualistas extremos pueden considerar en este hecho una limitación de su sedicente soberanía y defenderse de él con pies y manos; para mí eso es sólo una confirmación de la honda conexión de todos los seres y de la estrecha asociación del individuo con todo lo que fué, lo que es y lo que será. Por este motivo soy también de la opinión que el grado más alto de la humanidad y del sentimiento de la personalidad humana es un estado en que cada necesidad individual corresponde a los instintos sociales del hombre.

Si hemos comprendido primeramente eso y sabido apreciarlo, nos será claro la relación que tiene con la llamada "amoralidad" de una filosofía decadente. Tales ideas no pueden más que ser calificadas como piezas de arte acrobático de un cerebro depravado. Las relaciones morales entre los hombres no nacen de la inspiración de sedicentes altos poderes, tampoco han procedido del espíritu fecundo de algunos elegidos; tienen su origen en la convivencia social de los hombres y no pueden comprenderse ni interpretarse más que por ella.

Si el hombre hubiera nacido para vivir como Robinson Crusoe en su isla y se hubiera destinado por completo a sí mismo, entonces, naturalmente, no habría ninguna especie de relaciones morales. Pero desde el momento en que se introduce un viernes en la esfera de vida, en ese momento se desarrollan relaciones morales y lazos de organización entre nombre y hombre, sobre lo cual ningún sofisma nos socorre. Todos estos problemas han sido ya hace veinticinco y treinta años ilustrados en todas sus partes y ventilados en las filas de los camaradas alemanes y ahora es lamentable que esté uno forzado a repetir todo eso. Las teorías del individuo absolutamente libre, soberano e inaccesible a todo influjo exterior no son más que pompas de jabón tornasoladas en las etéreas regiones de una filosofía abstracta; pero se disipan en el momento en el que se pone en contacto con la realidad de la vida. Cada uno de nosotros está expuesto a las influencias del medio y de sus semejantes. Y esto no es una señal de nuestra debilidad, sino también una expresión natural de nuestra dependencia.

Si partimos, pues, del hecho de nuestra vida social, con la que nuestro yo social está anudado por lazos indisolubles, debemos bajo todas las circunstancias afirmar el principio de la organización que corresponde a esta interpretación de las cosas. Pero ahora se replica y lo hemos oído suficientemente en el último tiempo, que no es la forma de la organización, puramente técnica, lo que presta vida a un movimiento, sino el espíritu que anima a sus adeptos y los impulsa hacia adelante. Esta objeción oculta sin duda alguna una profunda verdad en sí pero no toca el gérmen de la cosa de ningún modo y desvía el problema propiamente hacia otro terreno. Ciertamente, es el espíritu el que anima un movimiento, la condición primordial de su fuerza proselitista y vencedora, y de hombres de cerebro consumido y de espíritu disecado no puede ninguna forma de organización sacar nada. Pero esto no demuestra nada, absolutamente nada contra la necesidad de la organización. Lo mismo que nuestro espíritu solo piensa en ciertas formas, tan pronto como entra desde el mundo de las ideas en la vida práctica y se propone la experiencia de trasladar un pensamiento a la vida práctica. El espíritu sólo no existe; se manifiesta siempre en los cuadros de nuestro organismo físico. Sin cuerpo no hay espíritu, o mejor dicho sin cuerpo no hay ninguna manifestación del espíritu. Nuestro organismo físico es, por decirlo así, el hogar del espíritu, fuera del cual éste no puede actuar.

Por estes motivos, toda la argumentación sobre la superioridad del espíritu y la accesoriedad o la dañosidad de la organización no es nada más que charla ociosa sin ninguna significación práctica. Como el espíritu se expresa sólo en determinadas formas, así se expresa todo movimiento social en determinada extructura, sin la que no podría existir. Esa extructura es, por decirlo así, el ornismo del que irradian nuevas ideas y pensamientos hacia el mundo ambiente. Se complementan mutuamente con el espíritu y la materia, y no pueden ser separadas una de otra.

Si hemos llegado a comprender la necesidad de la organización entonces acude a nosotros otro problema, el problema de la forma de la organización. El centralismo y el federalismo fueron siempre los dos polos de todas las formas de organización que se han desarrollado en el curso de la historia humana, las cuales ejercieron en la conformación exterior de la convivencia social el mayor influjo. El federalismo y el centralismo significan más que dos formas técnicas distintas de la organización humana; corresponden también al mismo tiempo a dos configuraciones espirituales diversas del hombre, y marchan siempre estrechamente asociadas a dos fases distintas de nuestro desenvolvimiento histórico.

Hay en la evolución social del hombre períodos constructivos y períodos destructivos, períodos de edificación y períodos de demolición. No hay que tomar literalmente tal vez el sentido de esta diferenciación, de que en un período sólo se construye y en el otro sólo se destruye. No, no sostenemos eso. Quisiera saber interpretar las cosas mejor de este modo: Hay períodos en que hasta las fuerzas destructoras contribuyen a la fortificación interna y a la culminación de la existencia común; y existen otros en que hasta el obrar creador y la actividad constructiva del individuo son puestas sin su intervención en la destrucción de la asociación social.. Se podría hablar también de períodos de cultura y de períodos de civilización, aunque soy consciente de la insuficiencia de esta comparación. Así fueron capaces las ciudades libres de la edad media de desarrollar una cultura enorme y armónica, a pesar de sus luchas innumerables contra los enemigos externos e internos, mientras que el período de la civilización del capitalismo moderno, pese a todos sus ruidosos inventos y descubrimientos en todos los dominios de la actividad humana, no ha conseguido nunca establecer la unidad interna. Al contrario, todo progreso en la técnica solo ha contribuído a engrandecer el resquebrajamiento interior de la sociedad y a hacer más abiertas las oposiciones de clase.

En los períodos constructivos se redobla la vida en sus incontables variaciones desde mil puntos distintos de la periferia social a un centro social común. El pensador y el hombre de ciencia, cuyo espíritu abarca el mundo entero, el obrero manual y el trabajador, que laboran en la vida productiva, el artista y el filósofo, todos están penetrados de un gran interés común, sin que la mayor parte de ellos se den cuenta, y este interés forma la base de su acción personal y de su actividad individual. Todo está informado por ese espíritu de comunidad, todo labora con ese espíritu de comunidad; es el alimento propio, el maná de donde saca su nutrición la personalidad. En tal período de una gran cultura armónica, que recibe justamente el sello de su unidad de su diversidad local, nacen las grandes obras de arte, especialmente la arquitectura, la más social de todas las artes, que no surge del aislamiento de los individuos, sino que es fruto del gran pensamiento social, para testimoniar la acción común. El individuo se siente libre a pesar de que esté asociado por mil hilos a la generalidad, y esa libertad en la asociación es lo que presta precisamente a su personalidad fuerza y carácter. Lleva la "ley de la federación" en el alma, por eso se le aparece la violencia exterior insensata y repugnante.

Y hay otros períodos, períodos de hundimiento y destrucción, en que la actividad local es oprimida en determinadas formas y consumida en un centro general. La vida no mana ya entonces de la periferia hacia un oculto centro, sino que es impulsada artificialmente desde el centro a la periferia. El organismo social se resquebraja en distintas partes que se contradicen recíprocamente, y el interés de la totalidad cede ante el interés particular de las clases y de las castas. Los lazos que habían asociado al individuo con la totalidad interiormente se disuelven más y más, y el espíritu de comunidad es suplantado por el anhelo de provecho personal y por la limitación egoista. Toda acción social es absorbida por las aspiraciones particulares de las clases privilegiadas y el arte se convierte en artículo de lujo de pequeñas camarillas. A la diversidad de colorido local reemplaza una degradación uniforme de todas las cosas, a la diversidad de la uniformidad, al sentimiento de la responsabilidad personal, una disciplina inanimada. Y la materia de destrucción que se fija en el gran centro de la vida social, se transporta a los puntos locales y produce allí los mismos fenómenos de la enfermedad social. Pues el contacto interno entre los individuos y la sociedad se ha debilitado tanto que pierde toda capacidad de acción y debe tomar por otros recursos su remedio, para mantener intacta la asociación social; la violencia exterior debe substituir a la falta de espíritu de la comunidad y de sentimiento de dependencia.

Los períodos constructivos, los períodos de cultura fueron siempre períodos federalistas; se basaron en los intereses comunes y en el sentimiento de la dependencia entre los hombres. Pues la palabra latina *focdus*, haz, equivale a existencia asociada de los individuos con la totalidad y de ningún modo diseminación de las fuerzas e intereses particulares separatistas, como adversarios ignorantes han sostenido.

Pero los períodos destructivos, los períodos de la civilización, fueron siempre períodos de centralismo, en que las fuerzas vivientes de la organización debieron hacer plaza a una fría mecanización de las cosas.

Echemos una ojeada a la gran época federalista que se implantó en Europa en el siglo IX y duró hasta la mitad del siglo XV. Vemos aquí ante nosotros un gran movimiento social que fué desconocido totalmente por la mayor parte de nuestros historiadores y cuya enorme significación tan solo se comienza a comprender hoy. Ese movimiento no sólo abarca un determinado país o un determinado grupo de pueblos, abraza la Europa entera con irresistible fuerza, desde las campiñas de Rusia hasta Inglaterra y Francia, desde Escandinavia hasta España e Italia. Los hombres de aquel período concertáronse en grandes y en pequeñas federaciones. Todos los países fueron cubiertos con semejantes organizaciones, que se extendían como una red por todas partes. En los intereses comunes individuales se reunieron los obreros manuales, los artistas, etc., en sus guildas. Estas guildas no ejecutaban unicamente una actividad productiva en sus oficios particulares, crearon también la base para la forma política de la comuna. La base política de la comuna fué la guilda, el grupo económico. No hubo partidos políticos ni políticos de profesión en el sentido actual. Toda guilda elegía sus representantes al consejo de la comuna que explicaba allí las proposiciones de su asociación y se esforzaba por llegar mediante discusiones comunes con los delegados de las demás guildas a un acuerdo en los asuntos de importancia general sobre la base de libres convenios. Dado que todas las guildas estaban asociadas a los intereses generales de la comuna del modo más estrecho, resolvía la votación el número de las votaciones, no la mayoría de los delegados. El mismo procedimiento fué también aplicado a la federación de las ciudades. La más insignificante aldea tenía el mismo derecho que la más importante comuna, pues se adhirió por su propio parecer a la federación y debía tener el mismo interés que las otras comunas en su eficacia.

(*Continuará*)

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri: **CARTAS A UNA MUJER**, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, $ 0,50

Cómo respeta la plutocracia yanqui las garantías constitucionales, cuando se trata de castigos a los trabajadores que se rebelan contra el Dios-Dolar.